**Domingo de la Ascensión (A). 28.05.2017: Mateo 28,16-20.**

***“Sabed que estoy en vosotros siempre”*. Y yo lo escribo… ¡CONTIGO!**

Se dirá por toda la catolicidad de la Iglesia que el último domingo de este mes de mayo celebraremos la fiesta de la Ascensión de Jesús. A más de unx se le ocurrirá decir que ‘Jesús subió al cielo’ o que ‘Jesucristo ascendió a los cielos’ o que ‘el Señor resucitado ascendió al cielo’ o tan sencillamente esto: ‘La ascensión al cielo’. Se diga como se desee, lo cierto es que en todas estas expresiones está implícita una manera de comprender el universo y el cosmos anterior a la vida y la ciencia de personas como Copérnico y Galileo.

Seguramente estaré equivocado, pero el Evangelista Mateo tampoco habla de ninguna ‘ascensión al cielo’ en su relato evangélico sobre Jesús de Nazaret (Mateo 28,16-20). Siendo honesto con el mensaje de este texto más bien habría que decir que este Evangelio habla de todo lo contrario a una ascensión de Jesús al cielo de los dioses. Más bien dice que Jesús se quedó aquí. Comprendiendo bien el mensaje de este evangelista, ¿podría decirse que deberíamos celebrar ‘la permanencia de Jesús entre nosotros’ o ‘la presencia constante de la ausencia de Jesús de Nazaret’: *“Y sabed que, hasta que se acabe este espacio y este tiempo, yo estoy en todos vosotros. Siempre”*?

Esta frase es la última que nos dejó escrita el autor de este Evangelio (Mateo 28,20). ¿Se puede decir más claro, más explícito y más alto que el Jesús de Nazaret de este Evangelio y Evangelista no se marchó de aquí, ni se subió a la altura más alta, ni fue llevado o ascendido? Este Evangelista y creyente llamado Mateo confiesa que su Jesús de Nazaret se quedó en las personas que lo vieron, olieron, tocaron, oyeron directamente o a través de las personas que antes lo habían visto, olido, tocado u oído. Él, vivo y resucitado y de persona en persona, sigue vivo y resucitado. Siempre. Siglo a siglo…

¿Veinte siglos así? Siempre. En cada uno, en ti y en mí. Siempre en las personas. Ellas, las personas vivas y vivientes, son su persona viva y viviente. Tú y yo somos su persona. Sé que a todo esto se le llama o se le considera simplemente como un ‘recuerdo’. Tal vez sea así, pero es un recuerdo tan impresionantemente precioso y valioso… Tú y yo somos el viviente Jesús de Nazaret. Creo esta realidad. Creo este milagro. La ascensión fue, es y seguirá siendo la encarnación, el enraizamiento de la humanidad vivida y viva siempre. Cada vez que mis ojos interiores contemplen estas últimas palabras griegas de Mateo las leeré, traduciré e interpretaré así: ‘Sabed que estoy en vosotros siempre’.

Si esto se comprende así, ¿no soy y somos todxs lxs humanxs el propio Jesús de Nazaret? ¿Necesitamos consagrarlo, cuando ha sido él quien se ha consagrado así? ¿Necesitamos comerlo cuando ya él nos habita, alienta y alimenta? Estoy con… Estoy en… Estoy entre… ¿Estoy de juego con las preposiciones? Estoy diciendo que cada quien, cuando lee este relato final de Mateo consciente o sin caer en la cuenta, escoge su preposición para celebrar esta increíble fiesta de ‘la Ascensión’.

Jesús y cuantas personas vivieron y vivirán nunca se fueron fuera de donde se vive la vida, sino que se quedaron dentro de cada unx de lxs vivientes vivxs. ¿Es éste y así el milagro de la VIDA?

**Domingo 27º del Evangelio de Marcos (28.05.2017): Marcos 7,31-37.**

***Buscáis a Jesús de Nazaret… Id… a Galilea. Allí le veréis* (Mc 16,6-7).**

De nuevo la persona narradora de esta historia de Jesús de Nazaret nos sitúa a su protagonista en su tierra de Galilea. Ha regresado de las orillas del maldito mar Mediterráneo y llega a las cercanías de la orilla oriental del lago, en la Decápolis, la tierra del conocido Legión. Ahí se encuentra, de manos a boca, ante un hombre sordo y mudo. Enmudecido y ensordecido. Parece que Jesús no está solo. Hay gente alrededor de esta persona, pero Jesús se separa de todos y sólo se deja acompañar por este deshumanizado (7,31-37).

Este nuevo relato de curación es el primero de la nueva serie de cinco signos y señales que la Evangelista María Magdalena cuenta a sus lectores desde ahora mismo (7,31) hasta el instante final de la misión de Jesús de Nazaret en su tierra de Galilea (8,26). Estos cinco signos podemos colocarlos en paralelo con los otros cinco signos que ya constatamos en la lectura y comentarios del texto que se iniciaba en 6,14 y se acababa en 7,23.

Las personas que llevan al mudo y sordo ante Jesús sólo desean una cosa: que Jesús ponga sus manos sobre el sordomudo. Que lo toque (7,32). Así de sencillo, de natural, de familiar y de humano. Eso nos parece ahora a nosotros. En tiempos de Jesús, este sencillo gesto de tocar a un enfermo era pecar y contaminarse con un pecado que sólo un Dios insaciable de sangres y perfumes agradables imponía con poder a sus creyentes adoradores. Para este Jesús no parece existir pecado ni contaminación alguna cuando se toca a un enfermo como éste. Al contrario, tocar es la terapia con la que se inicia la curación de la persona enferma.

Quiero recordar una cosa muy sencilla que me ha enseñado la cananea mujer sirofenicia o de las tres nacionalidades (7,24-30): tocar es rozar piel con piel. ¿Conociste, mi María Magdalena por propia experiencia, las consecuencias humanizadoras de este gesto de Jesús? Y en este caso, estar curado es poder escuchar y poder hablar. Y para ello, justamente antes, algo debe abrirse, porque al parecer la enfermedad tapa y la sanación abre: *“Dio un grito y le dijo… ábrete”* (7,34).

Se me ocurre una muy sencilla sugerencia contemplativa: repasemos la secuencia de esta realidad evangélica que se transforma. Estar enfermo es estar cerrado, tapado o taponado. Tocar es acercar una piel a otra piel, tocar, besar, abrazar… (7,33) ’abrirse’ ¡hasta alcanzar la sanación! Sí. Sólo entonces se consigue ‘escuchar’ que es dejar que el otro entre en uno. Sólo entonces se consigue ‘hablar’ que es dejar salir lo que es uno para regalarse en el otro.

Y si me pongo a soñar, creo que desde entonces esta ‘terapia des-tapadora’ corre de boca en boca aunque se alcen voces, como la del mismo y propio Jesús que lo prohíban: *“Jesús les mandó que a nadie se lo contaran. Cuanto más se lo prohibía, tanto más lo publicaban”* (7,36).

¿Quién fue, y lo seguirá siendo, este sordo-mudo ‘tapado’ que se despierta como ‘des-tapado’ evangelizador de la buena noticia de un Jesús de Nazaret que toca y sana su enfermedad? Muda y sorda y sin nombre y sanada, ¿fue María Magdalena y las mujeres?, ¿lo fueron los doce?, ¿lo fue todo Israel y su sacerdocio? ¿Lo será quien proclame a un Jesús todopoderoso?